

La salación de Santa Cruz

■ ■ Amador Peña Chávez*

Al ver Matías Carrizales que algunas nubes eran fácilmente arrastradas por el viento “jacintero” (llamado así porque es el que proviene del rumbo de San Jacinto, ejido relativamente cerca, sin olvidar que en el desierto nada es cercano) y que este por lo regular sopla muy fuerte, sacó su vieja silla de ixtle de palma retorcida, que de tanto sentarse se había moldeado a su cuerpo y comodidad, todo, para no perderse el espectáculo de la lluvia.

Interiormente calculó: “Los fuertes nubarrones deben estar ahorita por La Fátima, les doy diez minutos para que estén sobre el cielo de Santa Cruz”. Aguardó con paciencia, aunque desde la última lluvia en este lugar hacía cinco años, realmente no había mucho más que esperar.

Santa Cruz o La Cruz como también se le conocía, era una vieja localidad que no figuraba ni siquiera en el mapa del municipio a que pertenecía, perdida en el desierto sin límites, paso de perdidos contrabandistas para alcanzar la frontera y algún otro malviviente que huía de la justicia; sobresalía en la inmensidad por dos pequeñas lomas que apenas se elevaban del suelo: la de La Cruz y la Loma de los Difuntos, que servía de panteón.

“¿Cuándo fue la última lluvia?” Se preguntó Matías, mientras enrollaba el cigarrillo de hoja de maíz. “Fue cuando lo de Heliodoro, ya no llovió más, como predijo Toña la curandera, que sería un castigo divino por lo de aquel día, pero, ahora sí que llueve, estas nubes no pueden pasarse de largo si vienen hasta el tope de agua. Qué negras, lo de la maldición no puede ser más que un mal agüero que nos *desió* la

vieja charlatana y un cuento que siguieron las viejas ignorantes”. Se dice poco convencido. “Que no iba a volver a llover en Santa Cruz, bah, ahora va a llover porque llueve”.

“Me gustaría ver la cara que pondría la Toña si viviera, si no le hubiera dado el patatús aquel que la hizo retorcerse en el suelo cuando eructaba pura arena, pero hasta el cielo o el infierno donde estás ‘Toñota’, te voy a demostrar que fue puro guato tuyo lo de la maldición porque hora sí, vaya que llueve”.

“¿Por qué la salación? Nosotros y los de La Cruz, ¿qué culpa teníamos de lo de Lolo, si de veritas que estaba mal de la cabeza? Mira que buscar como loco agua con aquellas varitas, se fue y se fue rete lejos, era agosto, la lumbre del sol no se apaciguaba ni con toda la noche. Que la insolación le retorció la mente más de lo que ya estaba o que lo mordió un animal rabioso, eso dijeron los que lo vieron llegar hecho una furia echando espuma por la boca. Un doctor, pos *di’ónde*. Llevarlo hasta La Trinidad hubiera costado mucho trabajo y dos días en carreta. No había más remedio, la camioneta del ingeniero de caminos pasaba cada quince días y no hacía ni tres que había pasado. Pos’ lo amarramos con gran dificultad, fue idea de Lupe, ‘El Tejón’, los rabiosos son muy peligrosos. Al mirar cómo se retorció y gritaba, las señoras se metieron a las chozas con los niños y sólo quedamos los hombres, teníamos que decidir. Juancho, ‘El Gangoso’, fue el que trajo la sogá y sin preguntarnos siquiera, si lo que hacíamos estaba bien o mal, lo amarramos en el poste que estaba enfrente de la tienda de Don Casimiro. No faltó quien trajera una pistola, al ver que nadie se animaba pos yo le disparé; sentíamos horrible verlo sufrir, pero, qué más podíamos hacer. Murió el pobre, nomás bajó la cabeza y quedó quietecito”.

“Fue cuando llegó la Toña, como les dije, curandera y adivina del pueblo, y pareja de Lolo. Nos reclamó enojada a los que habíamos participado, creo que éramos todos los hombres del pueblo. No, si mal no recuerdo, ‘El Jaseado’, Prieto y Arrambide ya se habían ido antes de braceros”.

* Maestro en Lengua y Literatura Españolas por la Escuela Normal Superior del Estado. Estudios de postgrado en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido docente de varias instituciones en los niveles básico, medio superior y superior. Conferenciante, historiador, orador y declamador. Autor de más de una docena de libros en los que cultiva varios géneros literarios. Escribe para la revista *Crónicas del Camino Real* del Colegio de Investigaciones Históricas del Centro del Estado.

“¡No saben lo que les espera!”, –Gritaba la Toña desde su guayín de hierbas y pócimas– “¿Por qué me lo mataron? ¡Yo lo hubiera curado, esto no tiene nombre, infelices!”; en eso, fuertes nubarrones como jamás habíamos visto cubrieron el cielo de Santa Cruz y de repente se vino un fuerte aguacero, al grado de que a la media hora a Lolo le llegaba el agua hasta las rodillas, mientras su cuerpo se balanceaba con el aire. Buen rato tuvo que esperar la curandera para bajar el cuerpo y subirlo al mueble”.

“Pero sépanlo bien, es la última agua que caerá sobre La Cruz, óiganme todos –gritó la Toña desde arriba del mueble–, por lo que han hecho, les cobrará el cielo, esta es la última lluvia que verán... ¡de mí se acuerdan!”

Mientras contaba los minutos para que las nubes llegaran por fin, Matías se justificaba; “no podíamos hacer nada, aparte, la Toña era una mujer muy malora y rencorosa, nos maldijo sin que entendiera nunca que lo que hicimos, fue por apiadarnos de Lolo, además, era la única salida que nos quedaba; ahorita, que esa agua nos inunde, seguro que se retorcerá en su caja en el panteón de la loma”.

Quién sabe si la curandera tuviera razón, lo cierto fue que, en La Cruz, desde aquel día, ya no volvió a llover; cuando se acabó la poda de la lechuguilla y las poquitas hierbas que servían de sustento a la población, la gente se ocupó a laborar en unas minas muy lejos del lugar y les resultaba más práctico asentarse en donde estaban éstas.

Otros se fueron de mojados y algunos más emigraron a San Francisco, la cabecera municipal que quedaba endemoniadamente lejos. A los cinco años sin llover, nomás quedaron la familia de Matías, la de su compadre Alejo Cordero y Demetrio, “El Chueco”. “Ora sí que llueve”, se dice convencido el hombre, mientras piensa en lo que fue sucediendo durante la larga sequía; vio cómo se iba yendo la gente con sus triques como podía y se despedía de él: “No seas terco” – trataban de convencerlo–, “Aquí no va a llover nunca, qué esperas, retorcerte en el suelo y eructar arena como la Toña”.

Pero Matías se sostuvo hasta ahora, viviendo de milagro: “La Cruz no puede morir”, les reprochaba, “los huesitos de nuestros padres y abuelos que lucharon, trabajaron y murieron por estas tierras,

desde La Loma de los Muertos nos están gritando que no los dejemos”. A Matías le acompañaban su esposa doña Petra y Petrita, su hija más pequeña que tendría como dos años cuando lo de Heliodoro, más cinco que ha sobrevivido después del mal agüero que cayó sobre Santa Cruz, al grado que Petrita no conocía la lluvia; Leno, el hijo mayor de la familia de don Matías se había ido hacía cuatro años con la caravana del árabe Salim para ayudarlo a vender su mercancía en otros lugares del desierto con más futuro; Magdalena, la que le seguía, se fue a trabajar con una familiar acomodada de San Francisco que le había prometido a doña Petra velar por ella y protegerla. “Aunque la dejé ir –se repetía–, es preferible que morirse de hambre en este infierno”.

A Matías lo sostenía el orgullo, el amor a aquel terruño donde vivieron sus ancestros, allí había nacido y crecido viviendo de la precaria agricultura, de unos cuantos animales y la venta de la candelilla que llegó a tener muy buen precio, alguien comentaba que porque se utilizaba en materiales de guerra de no sé dónde.

Ahora, con la agüita que le dejaban los de la extensión agraria tomaban ellos y medio alcanzaba para las dos o tres cabras y algunas gallinas; recolectaban algunas plantas que cada vez eran más difícil encontrarlas.

Matías se remolinaba en la vieja silla de ixtle que miraba hacia San Jacinto, seguro que ya en unos cuantos minutos, según su cálculo natural, se desparramaría aquella preciada agua esperada por cinco largos y tormentosos años.

“Tendremos el campo como antes, las hierbas del desierto con una ‘hacinita’ de agua empiezan a reverdecer; los quiotes, el palmito, las albardas, serán como antes, son tan nobles que con unas cuantas gotas reviven”.

“Se pondrá güeno –se repetía–, ya muchos querrán volver, una llovida, trae otra y luego otra, volverá la gente, la escuela, la tienda y no tendremos que dejar nuestra tierra que es lo más sagrado”.

Cuando las gruesas, bravas y ennegrecidas nubes estaban casi arriba de La Cruz, Carrizales se remolinó de júbilo en su silla que había colocado afuera del jacal para disfrutar a sus anchas de la lluvia, ya ni siquiera escuchó cuando doña Petra le

gritó desde adentro: “¡Métete viejo, que no ves la tempestad que viene!”

Doña Petra había soportado todo por su viejo marido, no era cuenta que lo dejara así nomás, después de tantos años, “no se quiere ir de aquí y no nos vamos”, le mandaba decir a su hija que les remitía alguna mercancía con los escasos arrieros que pasaban, unas veces les llegaba y otras no, pero, conociendo la terquedad de su esposo no replicaba en morir casi de hambre: “Pero en La Cruz, sí señor, como mi viejo manda”, decía con santa abnegación.

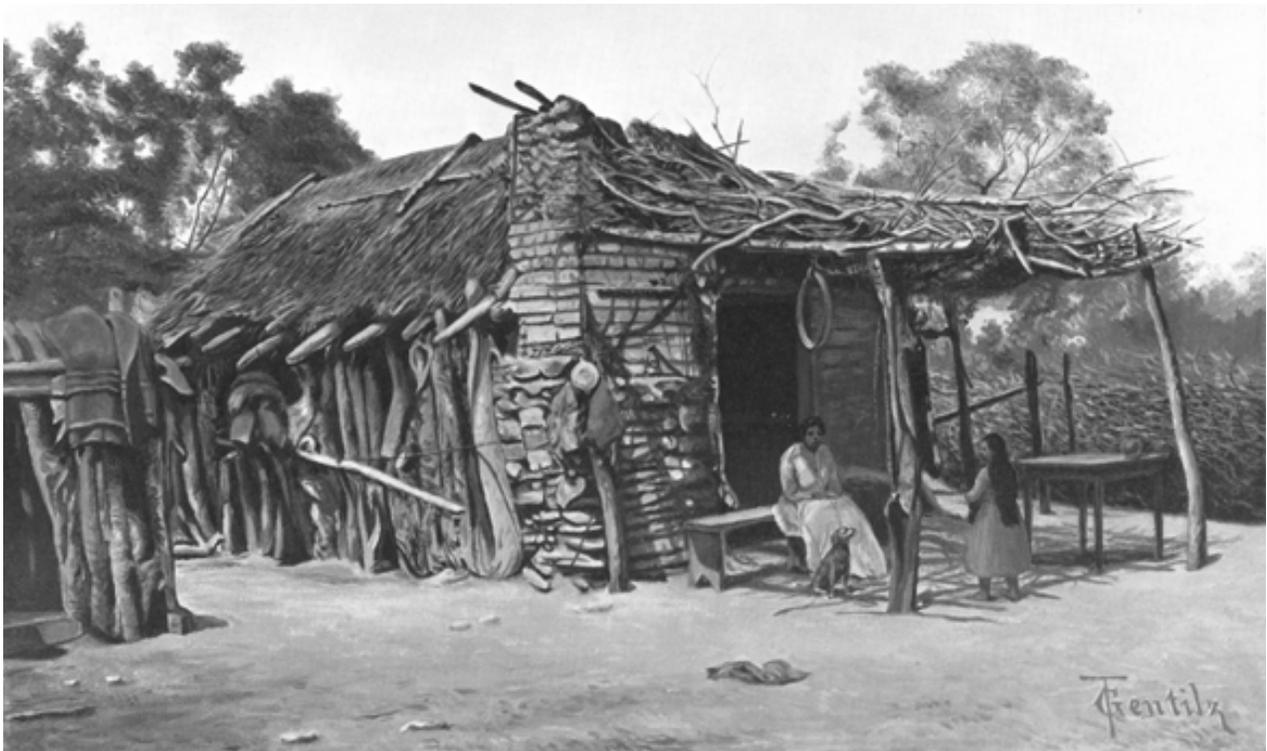
“Métete viejo, que no ves el tormentón que viene”, le insiste; pero Matías no la escucha, se sujeta el sombrero con la mano y le sonrío al cielo, el viento corría a todo lo que daba trayendo el húmedo olor a hojasén, cenizo y gobernadora que para Matías era como una bendición y un regalo prodigioso del cielo.

Todavía no terminaba de decir: “ahora sí que llueve”, cuando los caprichosos nubarrones que ya estaban precisamente sobre el cielo de La

Cruz se dirigían presurosos más al norte, primero inundando con una negra densidad el ambiente, con ensordecedores truenos, para luego irse de pronto.

Matías vio cómo la tupida nublazón tomaba con rapidez el norte, sin llegar, mientras el viento jacintero menguaba sus ráfagas que del fuerte soplido pasaron al profundo silencio. Se hundió en su silla, desvanecidos sus sueños, manteniendo los ojos perdidos en el cielo que empezaba a tornarse azul inmaculado como siempre, encendió su cigarrillo de hoja, aspiró profundamente, luego expiró de un golpe el humo y todo su desaliento.

Petra sale del jacal, le extiende sus brazos sobre los hombros acercándolo afable a su cuerpo, tal vez para darle un poco de consuelo, al verlo desplomado ante la adversidad o simplemente por no tener nada que decirle; mientras le da una palmada en el pecho, respira hondamente el aroma desprendido del monte por la lluvia lejana, mientras masculla con un tono de consolación: “Viejo, llovió por *á*”.



"Jacal mexicano", obra del artista parisino radicado en Texas, Theodore Gentilz (1819-1906).